

AMOR ES: MISERICORDIA Lucas 10: 25-37

Un día en medio de un muy frío invierno visité una cafetería junto a unos amigos. Me encontraba en la línea para ordenar cuando escuché a la persona que estaba delante de mí hacer su orden diciendo: *“Deme cuatro cafés por favor. Dos serán para tomar aquí y dos pendientes”*. Pagó por sus cuatro cafés y se llevó sólo dos. Luego, una pareja ordenó: *“Dos cafés y uno pendiente, por favor”*. Pagaron los tres cafés y se llevaron sólo dos. Otro más pidió: *“Deme un café sin azúcar... también cóbreme tres pendientes, por favor”*. Pagó sus cuatro cafés y se llevó sólo uno.

Yo no entendía lo que pasaba, así que pregunté a mis amigos qué era un café pendiente. *“Espera un rato y comprenderás”*, me respondieron.

Mientras seguíamos compartiendo y disfrutando nuestros ricos y calientitos cafés, más personas ordenaban los misteriosos cafés pendientes. Pero mis amigos me habían dicho que esperara para comprender qué estaba pasando.

De repente entró un hombre bastante humilde. Tenía la apariencia de una persona sin hogar (homeless). Caminó hacia la cajera y le preguntó: *“Disculpe, señorita, ¿tendrá algún café pendiente por ahí?”*. *“Sí, señor, con mucho gusto”*, respondió la señorita mientras le servía un café calientito con leche y azúcar. *“Muchas gracias”*, dijo el señor mientras tomaba su café para irselo a tomar en una esquina de la cafetería resguardado del intenso frío de afuera.

Después supe que la tradición del “café pendiente” había comenzado en Nápoles, Italia, y se había esparcido ya por muchos países. La gente paga por adelantado para que se le sirva a alguien que no tiene los medios para comprarse un café calientito. A veces también se usa con platos de comida si el restaurante lo permite. Una pequeña muestra de amor puede hacer una tremenda diferencia en la vida de alguien. No desperdiciemos la oportunidad de hacer la diferencia con alguien bendiciéndole y mostrando el amor de Cristo.

Antier veía, en el noticiero de la noche, el amor de una joven novia hacia su novio. Eran novios desde los 15 y 16 años. Ahora creo que tienen 21 y 22. El novio en un momento de su vida se puso bastante mal al grado de necesitar un riñón y su novia fue quien se lo donó. Hoy siguen juntos amándose más que nunca; ella está estudiando en la Universidad y él recuperándose de su salud. Ahora tienen grandes planes para el futuro.

Cuando se habla de la *prueba del amor*, estas cosas son las que se deben destacar y no otras, como el sexo.

Pero todo esto nos lleva a entender que el amor, mucho más que un simple sentimiento, es una decisión; y que una de las formas de demostrar el amor es a través de tener misericordia para los demás. No hay amor sin misericordia. Misericordia no significa lástima, misericordia significa dar el corazón a quien lo necesita, como nos enseña el relato Bíblico de hoy.

“Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?” (v.25).

En nuestro relato Bíblico de hoy, un experto de la Ley, es decir, un conecedor de la Palabra de Dios, a quien se le conoce como escriba, le hace una pregunta al Señor Jesús para probarlo. Probarle no es que quería sólo saber cuánto sabía el Señor del tema; probarle significa que esperaba que dijera algo mal para tener un argumento para atacarle, para ponerlo en mal con la gente y hasta para matarle. En otras palabras, probarle significaba ponerle una trampa. Infortunadamente, hoy en día así mismo siguen haciendo muchos en sus iglesias con sus pastores y maestros. La pregunta era acerca de qué se necesitaba para heredar la vida eterna. La pregunta en sí misma era muy interesante, pero la intención era muy mala.

“Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás” (vv.26-28).

El Señor hizo exactamente lo que nosotros debemos hacer cuando nos preguntan algo relacionado con la espiritualidad, es decir, con la fe, la religión, el fin del mundo, etc. Aunque Él sabía las intenciones de aquel escriba, el Señor no respondió de mala manera; más bien, como siempre, aprovechó la oportunidad para dejarle a él y a todos una gran enseñanza. Hagamos nosotros lo mismo con quienes nos prueban para tener algo que decir de nosotros. ¿Qué fue lo que hizo el Señor Jesús? Él recurrió a la Palabra de Dios. Es decir, Él no dio su opinión, Él lo llevó a que el mismo escriba viera lo que la Palabra enseña al respecto. El hombre aquel debería entenderlo porque se supone que era un experto en la interpretación de la Palabra de Dios. El escriba responde correctamente a la pregunta del Señor Jesús referente a los dos más grandes mandamientos de la Ley de Dios: Amar a Dios con todo el corazón, alma,

fuerzas y mente (Dt. 6:5), y al prójimo como a sí mismo (Lv. 19:18). Esto me recuerda que en otra ocasión otro intérprete de la Ley quiso hacer lo mismo con el Señor preguntando acerca de los dos grandes mandamientos y el Señor respondió lo mismo que nuestro escriba de hoy (Mt. 22:34-39), y concluyó diciendo: “*De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los profetas (Mt. 22:40)*”. Y por cierto que Marcos nos dice que este intérprete fue tocado por Dios en su corazón (Mc. 12:28-34). Es la Palabra de Dios la que impacta la vida y corazón de las personas, no nuestros argumentos, ni mucho menos nuestras críticas y juicios.

El Señor le responde al escriba: “*Tu respuesta es correcta, lo único que necesitas es ponerla en práctica y tendrás esa vida eterna*”. Santiago dice que debemos ser hacedores de la Palabra y no solamente oidores (Stg. 1:22). No basta saberla, hay que aplicarla. Probablemente aplicarla era lo que le faltaba a este intérprete de la Ley.

“Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?”
(v.29).

Queriendo quedar bien delante de quienes los escuchaban, o quizás para tranquilidad de su propia conciencia, queriendo aparentar que él sí era un hombre “justo”, tal vez porque sintió que el Señor le había dicho que era un oidor pero no un hacedor de la Palabra, le pregunta: “*¿Y quién es mi prójimo?*”. En el pensamiento judío, y de acuerdo a como ellos interpretaban el Antiguo Testamento, el prójimo era alguien de su mismo pueblo (Lv. 19:18), es decir, un judío y/o un prosélito (alguien no judío que adopta la religión judía como propia). La palabra *prójimo* significa literalmente *amigo, compañero, vecino, alguien cercano, alguien igual*. Seguramente él pensaría que iba a pasar esta prueba y quedaría bien porque tal vez era que el hombre se llevaba bien con sus amigos o sus hermanos judíos, pero el Señor Jesús le va a mostrar a él cuán lejos estaba de cumplir el “*mandamiento del amor*”. Él le va a ampliar el concepto de prójimo que tenía el intérprete de la Ley.

“Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo:

*Cuidamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese”
(vv. 30-35).*

Para contestar a la pregunta acerca de quién es el prójimo, el Señor recurre a una de sus formas favoritas de enseñar: a través de las parábolas. La parábola es una historia que compara cosas tomadas de la naturaleza o de la vida diaria con el propósito de enseñar una verdad espiritual. Es decir, nos lleva a entender lo desconocido partiendo de lo conocido (*Sal. 78:2*).

En la parábola o historia que cuenta el Señor dice que un hombre ha sido asaltado y lastimado casi hasta la muerte por unos ladrones. Este hombre debió haber sido judío porque venía de Jerusalén y se dirigía a Jericó en donde probablemente vivía. Jericó, la segunda ciudad de Judea, era una ciudad de sacerdotes y levitas. Miles de ellos vivían allí. El punto es que lo dejaron dándolo por muerto.

Entonces pasó por el lugar un sacerdote, judío, que lo vio moribundo y se hizo como el que no vio y pasó de largo; pero notemos que la Escritura dice claramente que sí lo vio. Seguramente este sacerdote había cumplido su turno en el Templo en Jerusalén e iba de regreso a su casa. Aunque venía de ministrar los sacrificios en el Templo, al tipo se le había olvidado lo que el Señor quiso decir con aquello de “...*misericordia quiero y no sacrificio...*” (*Os. 6:6*). Ahora, ¿no que un prójimo era un compatriota, uno igual y cercano, un judío? Este sacerdote no mostró compasión.

Después pasó un levita, es decir, un trabajador del Templo. En el Templo solo servían los levitas. Todos los sacerdotes son levitas, pero no todos los levitas son sacerdotes. Pero todos sirven en el Templo haciendo diferentes funciones. Los sacerdotes, por ejemplo, eran los que ofrecían los sacrificios de animales. Este levita también vio a aquel hombre tendido en el suelo moribundo, pero al igual que su compañero de ministerio, se hizo el que no lo vio y se pasó de largo. Es decir, los que deberían ser ejemplo de compasión y del amor de Dios para el necesitado, fueron indiferentes; vieron al hombre casi muerto, pero tomaron la decisión de no hacer nada. Tal vez se excusaron diciéndose a sí mismos que venían cansados del trabajo, que no tenían tiempo, que se podían meter en un problema si ayudaban; tal vez pensaron “*¿qué habrá hecho este hombre para que lo maltrataran así?, seguramente se lo buscó, le dieron su merecido, no merece mi ayuda*”. O tal vez, simplemente no les importó

verlo tirado a su suerte. A este levita también le preguntaríamos: ¿no que un prójimo era un compatriota, uno igual, uno cercano, un judío? Este levita, “ministrador” del amor de Dios, de su perdón y misericordia, tampoco tuvo compasión de su “hermano” judío caído en desgracia.

Dice el Señor que finalmente llegó un samaritano por el camino. El samaritano vio al judío. La condición maltratada de aquel hombre tocó el corazón del samaritano y **decidió** ayudarlo. Recuerde, el amor es una decisión. Este ejemplo es particularmente importante porque los judíos y los samaritanos no se trataban entre sí (*Jn. 4:9*). En realidad, judíos y samaritanos se odiaban a muerte y había habido muchas peleas entre estos dos grupos por muchísimos años, de hecho, siglos. Por eso los judíos no les gustaban pasar por la región de Samaria y preferían sacarle la vuelta a esta región para llegar a su destino. Los judíos sentían un enorme desprecio por los samaritanos. Para ellos, con sus pocas excepciones, todo lo que no fuera judío era como un perro y así trataban a la gente no judía. No todos eran así, pero ya era parte de su costumbre.

Este samaritano no solo levantó al judío casi muerto, también curó sus heridas (el aceite y el vino además de sanar previenen la infección), lo montó en su animal, lo llevó a un lugar en donde se pudiera hospedar y recuperarse de sus heridas, pagó los gastos y todavía le dijo al encargado del lugar que no se detuviera por los gastos para atender a aquel hombre. El samaritano pagaría la deuda que se pudiera generar adicional.

“¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo” (vv.36-37).

Me encanta el Señor Jesús y la forma en que hace las cosas. Con esta pregunta Él quiere llegar al centro de su enseñanza para aquel intérprete de la Ley y, por aplicación, enseñanza para nosotros también. Aquel hombre se vio obligado a contestar una respuesta muy diferente a la que le hubiera gustado dar. Se vio tan forzado que ni siquiera dijo: “el samaritano”, sino “...el que usó misericordia con él...”. Su problema era que tenía que resaltar la figura de uno a quien él odiaba con todo su corazón y reconocer cuán equivocado estaba en cuanto a su concepto de *prójimo*.

El Señor Jesús le dijo al escriba que ya que su respuesta era la correcta, entonces él fuera e hiciera lo mismo con los demás; es decir, que fuera y mostrara misericordia y compasión sin diferencia de personas.

¿Quién es entonces mi prójimo? El Señor Jesús nos enseña que es toda aquella persona que esté en necesidad sin importar si es no es paisano, ni pariente, ni amigo, ni hermano en la fe. Mi prójimo no tiene raza, sexo, condición económica, fe, y hasta orientación sexual. Y usted, ¿sí sabe quién es su prójimo?, ¿o también piensa que solo es su familiar, su amigo, su compañero de trabajo, o su hermano de iglesia?

Tristemente quienes se supone que conocían más del amor y de la misericordia de Dios fueron los que se negaron a reflejar ese amor y misericordia del Dios al que supuestamente alaban y sirven, el Dios en que supuestamente creen. Ellos mostraron que solamente estaban siguiendo la letra de la Ley y no el espíritu de la Ley. Eran solamente apariencia externa, pero vaciedad interna.

En gran parte del mundo se está celebrando lo que conocemos como *el mes del amor y la amistad*. Vamos a escuchar y ver muchos anuncios en los medios indicando que el amor se muestra regalando cosas; vamos a escuchar y ver muchas películas indicando que el amor se demuestra con romance, con palabras bonitas. No tengo nada en contra de que se regalen cosas quienes se aman (no necesariamente parejas de novios o matrimonios). Tampoco estoy en contra de la ternura de las palabras y del romanticismo. Yo mismo lo hago. Pero debemos tener claro que eso no es en sí mismo el amor. Eso es parte de mi personalidad en mis relaciones con mi esposa, familia, amigos, hermanos y gente a quien le tengo un cariño bastante especial.

Pero amor es buscar a toda costa el bienestar de los demás. Amor es mostrar misericordia ayudando a quien lo necesita. Amor y misericordia siempre van de la mano. Dios le dijo al Profeta Jeremías: “...*Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia*” (Jer. 31:3). Amor no es solo dar y desentenderse del asunto. Amor es quedarse, es dar seguimiento, estar pendiente de la persona que está en necesidad. Entonces, y solo entonces, podremos decir que de verdad estamos amando a nuestro prójimo mostrando misericordia, es decir, dándole el corazón. Entonces y solo entonces podremos decir que estamos aprendiendo a amar a la manera de Dios.

No seamos religiosos como los escribas y fariseos que amaban solamente de palabra, que se hacían los ciegos frente a las necesidades

de los demás, que eran selectivos en cuanto a quién amar y a quién no, que eran indiferentes con los que no eran de su círculo. El Apóstol San Juan dijo: *“Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de Él”* (1Jn. 3:17-19).

No desperdiciemos ninguna oportunidad de mostrar amor a nuestro prójimo, mostrando misericordia. No nos pasemos de largo como los religiosos. Como le dijo el Señor al escriba aquel: Hagamos algo hoy mismo nosotros también... Amén... Vamos a orar...